



AKadem As

Reseñas

BALZA, JOSÉ. (1998). D. En *Obras selectas*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades, Comisión de Estudios de Postgrado, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.

Dos temas suelen recordarse de la novela *D*: la historia de la radio venezolana y “El Club de los Masturbadores”. Desprevenido, el interrogado quizá haga un esfuerzo y mencione el estilo poético y la compleja disposición de las partes; en general, rasgos característicos de la narrativa de Balza. Pero sin una relectura cercana nunca dirá que la obra se detiene en varios de nuestros complejos: la lucha política como espíritu colectivo y la falta de articulación de verdaderos discursos intelectuales, entre los más ostensibles.

En efecto, en *D* se concluye, por ejemplo, que el fracaso de la lucha armada de los sesenta se debió principalmente a la escasa seriedad de los involucrados: falta de lecturas, desparpajo, lábil trabajo ideológico. Respecto del lenguaje, una curiosa teoría explica la ausencia de rigor en los materiales escritos producidos en el país: “no existe el acceso a lo abstracto: todo paso en este sentido, que pretenda asumirse a sí mismo lógicamente, deviene en incoherencia. El desenfado, la prisa, una apasionada manera de apoyarse en puntos desconociendo la totalidad, cortan el pensamiento solo, limitan” (p. 527). Esto porque el uso de la palabra es resultado de una “mezcla de lo español con hábitos orales indígenas: de allí la alusión, el trueque verbal [...] Todo cuanto ocurre en la conversación, en los chistes y las ocurrencias momentáneas” (p. 527). Se trata, en ambos casos, de un perentorio establecerse en el mundo: las formas comunitarias y el modo expresivo venezolanos revelan proclividad hacia lo superficial y lo incoherente, hacia soluciones provisorias de corto plazo.

No obstante, son previsibles las imágenes sobre los asuntos de la radio y el famoso Club. Sin duda, la biografía de Guillermo Agustín Olivares, ficcionalizado locutor de los años treinta-cincuenta, atrapa el interés por cuanto los pormenores de su vida se mezclan con importantes tramos de la industria radiofónica venezolana, sobre todo con los días iniciales del medio. Más aún, la azarosa –y a ratos gris– permanencia de Olivares, y la de otros protagonistas de la novela (Hebu, Faraón Rausseo), sirve para recrear variados episodios del país (el paso de regímenes y gendarmes o el desarrollo de las artes plásticas), en un lapso representativo de nuestra contemporaneidad. Muchas de esas peripecias nacionales son informadas, todo hay que decirlo, por la propia noticia de los eventos.

Por lo que toca al “Club de los Masturbadores”, la huella que todos rescatan al preguntar sin aviso, su alta figuración en la estadística se debe al impacto

que un potencial negocio de esa naturaleza tendría en la ciudad, quise decir, *tiene* en el imaginario. Por supuesto, es una hipótesis. Con todo, quién puede dudar de la eficacia de los pasajes en los cuales se describe el sitio: “Absolutamente desnuda, sola y como sonriente, una muchacha rubia había inclinado su asiento [...] Su mano izquierda busca con gracia la axila, mientras la derecha recorre un fragmento de su sexo [...] A mi paso podía ver tanto su ano, móvil, respirando, como la vagina tierna, de nácar húmedo y cintilante entre los vellos. Un dedo entraba o rodeaba los bordes, y la piel más próxima se hinchaba en pequeños puntos rosados” (p. 381).

Pueden referirse otros aspectos de la novela. El título fusiona en un signo, la letra D, la metáfora de un gran río donde cada brazo, en su encuentro con el mar: el Delta, refleja caños autónomos. La imagen, sin embargo, no desconoce el hecho de que las líneas de agua son parte de un torrente mayor: el universo, esto es, el Orinoco, que en sus infinitas correspondencias baña todas las cosas. De allí que la obra pueda leerse como un sistema de meandros temáticos. Unos de esos recodos: la música popular.

Hasta donde sé, nadie ha trabajado suficientemente el peso que en el texto tienen los nombres de cantantes y letras populares (rock y lo que hoy llamamos “música latina”; las señas de piezas musicales cultas también son abrumadoras.) Tanto que el proceso de la radio en Venezuela relatado en *D* puede cifrarse en los discos que Olivares y Faraón Rausseo comentan: la canción popular deviene así en sustrato de ciertas maneras del ser latinoamericano.

Otro detalle, también soslayado, es que tal vez sea esta una de las primeras novelas que introduce ese tipo de música como un módulo caracterizador de las anécdotas. Publicada originalmente en 1977, al menos tres años antes del despliegue del tema en nuestra narrativa (desde 1980, con el antecedente del cuento “El inquieto anacobero”, de 1976, de Salvador Garmendía), *D* hace de la cultura radioeléctrica (música, publicidad, argot, seriados, técnicas) un motivo vinculado decisivamente a la trama nacional.

Así pues, el contrapunto de voces que discuten, se solapan o complementan funciona como una corriente de programas, dicterios, opiniones de un país dibujado con tonos musicales, con los fluctuantes ritmos de un dial donde cada emisora es una posibilidad, un anhelo.

Antonietta Alario
Universidad Central de Venezuela
alarioa@gmail.com